

El Cazador Reducido **autor - La Sensata**

Hace unos siglos, vivía un niño que se llamaba Flecha Exacta. Cuando tenía solo 10 años, podía cazar como un hombre aunque era un niño pequeño. Cuando apuntaba la flecha a un animal, siempre lo cazaba, aun la primera vez.

También tenía la habilidad de saber donde estaban los animales, y a él le gustaba seguir las huellas. Pero esta habilidad también era un problema. Según las costumbres de su tribu, no se debía cazar o molestar a los animales durante la última parte del invierno ni la primera parte de la primavera – a los espíritus no les gustaba. Su mamá siempre le dijo a Flecha Exacta: --Es importante que respetemos a los espíritus. Si molestamos a los animales en esos tiempos, ellos no podrán aumentar su número. Las hembras necesitan dar a luz en paz.

Pero Flecha Exacta no estaba feliz sin cazar, y no escuchaba. Un buen día, cuando las noches fueron igual a los días y la nieve era vieja, dura y helada, Flecha Exacta decidió irse para buscar unas huellas de ciervos. Se dijo a si mismo: --Hace mucho sol. Puedo caminar lejos sin preocuparme de estar perdido. No cazaré; sólo buscaré unas huellas; no será un problema para los espíritus.

Sin embargo llevó las flechas y el arco, porque nunca se iba sin ellos. Su mamá lo vio y le dijo: --Déjalo aquí. No deberías llevarlo. Él no la escuchó.

Unas horas pasaron, y llegó la hora para regresar a su hogar. Pero Flecha Exacta se había encontrado con unas huellas grandes y numerosas. Decidió seguir las huellas un poco más. Había comenzado a nevar, pero sólo un poco y él no se preocupó. Pensó: --Soy un cazador destacado; siempre puedo seguir mis mismas huellas para volver.

No obstante olvidó que no hizo huellas de si mismo porque la nieve vieja era dura. Y de repente fue una ventisca. Todo era blanco y no pudo ver nada. Debió acurrucarse ahí en la nieve y esperar hasta que la tempestad terminara. Hacía mucho frío y no tenía mucha ropa.

Su tormenta comenzó. La tempestad de nieve duró un día, y los dedos se le pusieron helados (congelaron). Cuando se paró, la nieve era tan profundo que le llegaba a la cintura (recuerden – era un niño pequeño). Y por supuesto no había ninguna huella. Debía encontrar su hogar sin la ayuda de sus huellas y en la nieve profunda. Tampoco pudo matar un animal con las flechas a causa de los dedos helados, y no tenía nada para alimentarse. Sin comida, el frío helaba su cuerpo más rápido.

Reconoció la montaña cerca de su hogar, pero estaba muy lejos de él. Caminaba lentamente, un día después, cuando se dio cuenta de que los dedos estaban negros y las manos y los pies se (congelaron)

pusieron helados. Pensó: --Por lo menos ya puedo caminar, y estoy a medio camino. Se descongelarán cuando llegue a mi hogar.

Un día más tarde, había caminado sólo un poco más lejos y no se dio cuenta de que los dedos se le habían caído, y las manos, los pies, las orejas y la nariz estaban negros. Afortunadamente, llegó un grupo de rescate y lo llevó la distancia que quedaba, hasta el hogar.

A pesar de los esfuerzos de su mamá, su carne se infectó, y la infección aumentaba poco a poco. Las orejas y la nariz se le cayeron. Los brazos y las piernas se acortaron más y más, y los huesos pararon de crecer. La cara se volvió demasiado cicatrizada, y no podía hablar ni ver. Vivió unos años más, sin morir. Aunque alcanzó la edad de adulto, había quedado pequeño. A causa de su desgracia su nombre cambió a Cazador Reducido, y la historia les sirvió como una lección a los niños.